

Tamilan había sido invitado cierta noche a un gran festín que celebraba un opulento hombre de una aldea vecina. En medio de la algazara y bullicio de la fiesta, aproximóse Tamilan a una ventana que daba a un riachuelo y mientras contemplaba el sol poniente, llegaron a sus oídos las lejanas notas de una música dulce y melodiosa, que procedía de la capilla católica del pueblo. Movido por la curiosidad, dejó Tamilan la choza y tomó el camino que conducía a la capillita católica. Al llegar al umbral, detúvose Tamilan y miró adentro. El aspecto del interior de la "Casa de Dios", como llamaban su capilla los cristianos, la actitud recogida de los que oraban, la paz que allí reinaba, pareció muy extraño al pobre pagano acostumbrado a las ruidosas ceremonias del rito igorrote. ¡Qué diferentes, qué diferentes eran las ceremonias de los cristianos! ¡Cuánto le deleitaban aquellos cantos dulces y melodiosos!

¡Pobre viejecito! ¡Cómo le palpitaba el corazón mientras parado en el umbral seguía con la vista

las ceremonias de los cristianos! Pero ¿qué era aquello que el sacerdote elevaba lentamente, por encima de la débil luz de las candelas y de las delicadas flores que adornaban el altar? ¡Pobrecito Tamilan! ¿qué pensabas entonces? ¿No sabías que el Salvador te miraba tiernamente desde la Sagrada Custodia, que te pedía el corazón? ¡Cómo te miraba Jesús, con qué ternura, con qué amor! Aquella Víctima Inmaculada pedía al Padre Eterno por la salvación de tu alma. ¿No oíste acaso la voz de la gracia que llamaba a las puertas de tu corazón, pidiéndote te entregaras al Esposo Divino de las almas, rogándote que le amaras porque deseaba tu amor?

Desde aquel domingo en que Tamilan estuvo en la capilla de los cristianos, ya no fué el mismo. Tornóse triste y taciturno, y su semblante cada vez más pálido y macilento. En sus pupilas tristes, hundidas en las ojeras profundas adivinábase una honda pena....

¡Ah, pobrecito Tamilan! si te hubieran escuchado cuando yacías en tu lecho de muerte!

ECOS DE LA MISIÓN

**El Rdo. P. Ghysebrechts
desde BARRIG:**

Reciba mis agradecimientos la generosa bienhechora que me envió veinte pesos el mes pasado por el LITTLE APOSTLE, para la construcción de la capillita y con-

vento de esta nueva estación misional.

¡Ojalá que muchos se muevan a imitar a esta generosa Señora, ayudándome con sus limosnas a continuar mis obras de caridad en esta Misión!

La capillita de NATONIN, la



La Iglesia de Barlig

que espero ver concluida muy pronto, ha sido dedicada a S. Roque. Espero ardientemente que el Santo dejará sentir su benévola influencia en este pueblecito. Ya le he pedido libre a los habitantes de enfermedades cutáneas y de tumores, enfermedades que los afligen con muchísima frecuencia.

Todos muestran vivos deseos de ser instruidos en el cristianismo. Estoy seguro que para el próximo semestre el número de bautismos será crecidísimo.

—Pero, dígame Padre, cuando llegará esa campana?—me ha preguntado ya no sé cuántas veces mi catequista.

Y yo no sé qué responderle. Es verdad que le prometí en cierta ocasión que compraría una campana para la capillita, pero al presente me veo obligado a ir aplazando la compra por falta de fondos. Mas el joven no ceja, y no

deja de recordarme la promesa, porque le es imposible creer el que no pueda yo hacer un gasto tan insignificante.

Queridos lectores, ¿quién de ustedes quiere ayudarme?

—+—

El P. De Brabandere desde TRINIDAD:

Hace cuarto meses que estoy sin catequista, habiéndome visto obligado a despachar al que tenía en TUBLAY por no poderle ya pagar la mensualidad la que importa veinte pesos. Pero si esta Misión ha de mantenerse cristiana, es menester que tenga su catequista, pues el catequista puede decirse es el alma de la Misión. Él es el que visita a los cristianos, él anima a los neófitos y conversos a cumplir con sus deberes cristianos, él visita a los enfermos.

TUBLAY necesita un catequista. ¡Ayúdenos!